

timo momento. Entonces el Obispo se tornó en consejero de sangre del general arequipeño y contribuyó como ninguno a llevar a la horca el 29 de enero de 1810 a Murillo y sus compañeros.

Pero ni la sangre había aplacado la sed de venganzas del bilioso Obispo. En su intolerancia, llegó hasta donde no se habría atrevido el fanatismo más delirante. Acordóse de que la Virgen del Carmen había patrocinado a los insurrectos, y creyó indispensable seguir un juicio, por delito de rebelión a la Reina de los Cielos. ¡Espanta audacia tamaña en un prelado católico!

Ella caracteriza mejor que hecho alguno la índole de la autoridad real en aquellos tiempos y explica como no lo hacía un volumen de filosofía, la naturaleza de los obstáculos que tenía que superar la causa de la emancipación.

No tengo detalles sobre ese grotesco y sacrilego proceso. Es, sí, sabido que la Virgen fue llevada de su templo al de San Agustín, con rogativas públicas. En el atrio de esta última iglesia salió la imagen del doctor de la iglesia al encuentro de la madre del Salvador, que allí fue despojada de las insignias que le pusieran los revolucionarios. Luego, con la cabeza desnuda, ella y el sagrado niño, fueron introducidos al templo y depositados allí hasta el día siguiente, como en especie de reclusión.

Una misa de expiación o purificación fue celebrada a la otra mañana y luego el Padre de la Iglesia restituyó a la Santísima imagen y a su divino hijo la corona y el cetro, que tenía anteriormente, terminando la ceremonia con una procesión a Santa Teresa.

La Santa creyó con esto haber dado el golpe de gracia a la insurrección. ¡Se engañó! Pocos meses después tuvo que fugar de Castelli, teniendo la suerte del Obispo Orellana, que él merecía con más razón. Volvió después de Guacui, para abandonar definitivamente su catedral, trasladándose a Puno, donde llevó hasta los archivos de la Curia, resuelto a no pisar más una ciudad tan rebelde y maldita como le parecía La Paz. Por fin, renunció la mitra y por Cétula Real de 5 de octubre de 1816 se le admitió la renuncia, otorgándole pensión anual de tres mil pesos, con lo cual se volvió a España.

En fin de cuentas, lector, tenemos por ahora que hubo Obispo que por servir al rey y a la religión siguió juicio criminal a María Santísima. Libre Dios de caer en manos de un fanático de esa catadura, que no tiene otro castigo que la piqueta de la historia. Allí he querido colocar hoy día a D. Remigio, antes que se extinga la tradición de los hechos que llevo referidos.

La Paz, 8 de noviembre de 1876.

[De: *Revista Peruana*, Lima, año I, tomo I, páginas 66-70, 1879.]

✓ DONDE SE PRUEBA EL COMO EL DIABLO ES UN EXIMIO ARQUITECTO

I

EL CUENTO que me propongo referiros, donosísimas lectoras de *El Album*, pertenece a aquellos buenos y cristianos tiempos en que el diablo andaba suelto, entretenido en jugar malas pasadas a la flaca humanidad y su autenticidad (la del cuento, no la del diablo) está certificada por cronistas de la talla de Martínez Vela y el siervo de Dios Fray José de Yepes, predicador y protector de los indios del corregimiento y villa imperial de Potosí, de manera que habéis de tenerlo por cosa sucedida real y verdaderamente y creérselo como escrito por quien murió en olor de santidad muy pronunciado.

Para más señas, era el año 1591 y entró a gobernar la villa imperial, por S.M. don Felipe II, el general don Juan Ortiz de Zárate, del hábito de Calatrava, séptimo corregidor de Potosí.

Ved si las señas son mortales y si admiten género de duda, estando además, como están, escritas en letras de molde.

Pero dejemos los preámbulos y vamos al cuento.

II

Corría el año de mil quinien... es decir, no era el año lo que corría, porque lo que corría era un torrente con ínfulas de río que al chocar en las asperezas, recodos y pedrones del cauce, producía un permanente ruido prolongado por el eco

en la doble fila de colinas, que formaban una larga y no interrumpida cadena a sus costados.

Pero no solamente corría, sino que corre ahora mismo, y seguirá corriendo, mientras no se pare, el susodicho río llamado de Yocalla, a cosa de treinta millas de la antigua villa imperial y hoy republicana ciudad de Potosí, cuya universal fama, me ahorra la tarea de decir en qué punto del globo terráqueo se halla situada.

La quebrada de Yocalla es una señora quebrada, profunda, tocallosa, cenicienta, sembrada de enormes fragmentos de granito y adornada de todas las grietas y cavidades con ásperos cardos y rudas ortigas. Allí la naturaleza se mostró suegra y no madre y el viejo Eolo, puso para refresco de esas soledades, el más crudo y sutil de sus vientos, que es como si dijéramos el tiple, de su elenco, de tal manera silba colándose en los huecos y meneando la maleza.

En la parte más angosta, se alza gallardo y atrevido el arco ovalado de un puente, cuyos cimientos se afianzan en las peñas y cuya ojiva parece lanzada al espacio por la mano de los Titanes, gente fornida que diz colocaba unas sobre otras las montañas para escalar el cielo y así diéramos a su proyecto felice cima si el terrible Júpiter no la hiciera añicos con un rayo, en castigo de su atrevimiento.

Como que era una lisura ponerse en competencia con el que tiene el poder en la mano, cuando es sabido que a la postre ha de meter a uno en un zapato, porque el que manda, manda y...

Pero, ¿quién me mete a mí en esas honduras, ni qué pepinos le importan los Titanes a las donosas lectoras de *El Albatros*?

Cojo pues de nuevo el hilo de mi cuento y me vuelvo a mi puente, el cual era y es tan alto, tan gallardo, tan majestuoso y tan atrevido que no parece fabricado por humanas fuerzas, y en cuanto a su solidez, sirvan de testigo y fiador los doscientos ochenta y tres años que forman los dos siglos y pico que van trascurridos, los cuales le han visto impasiblemente cabalgando sobre el río sin moverse jamás ni aun para las diligencias más precisas.

Y eso, que le falta en el centro mismo del arco una de aquellas enormes piedras con que está fabricado y se ve desde lejos el hueco exactamente como si fuera el de un indio diente de tres raigones arrancado por el doctor Linceo o por cualquier otro dentista que para el caso viene a ser lo mismo.

Y reclamamos toda vuestra atención para este hueco, pues en él estriba todo el interés de nuestro cuento, como lo veréis probablemente si con santa resignación seguís leyendo.

III

Era el caso que en el pueblo de Yocalla, como a cosa de dos o tres tiros de arcabuz del dichoso río, había un indio; es decir, había muchos indios puesto que con uno no había de formarse pueblo; pero como no he de referiros la historia de todos, sino solamente la del bérroe de mi cuento, dejo a los otros y sigo con mi

susodicho indio, del cual dicen las crónicas que era el más apuesto y gallardo mozo de veinte y cuatro años que se paseaba por aquellos contornos.

En el mismo pueblo había un Curaca muy ricote y bonachón y vivía en la apacible compañía de mi señora la Curacuesa su esposa, india que en mejores tiempos debió de ser un prodigio de hermosura a juzgar por lo que se trasuntaba de entre las 14 atrobadas de carne que representaba su femenina humanidad; y más se confirmaban esos barruntos al ver una preciosa india de 16 años, hija suya que diz era su retrato vivo.

Si sería linda la chica cuando era conocida por todos con el nombre de *Chasca* (Lucero) a causa de tener dos luceros por ojos, aparte de su redondo cuello, su enhiesto seno y contorneadas formas, cosas que vistas separadamente causaban marcos y en conjunto embriagaban con la dulce embriaguez del néctar.

¡Si tendría novíos un semejante pimpollo! Como que se veía asediada por una legión de adoradores que pasaban la pena negra con sus desdenes a pesar de fírseles todas las noches en tañer dulces flautas en los alrededores del rancho de su ingrato dueño.

Y no era porque en un cuerpecito tan remonono, se encerrara un alma fría y de cántaro, sino porque ya su corazón había sido herido por los arpones del amor, rindiendo vasallaje ante otro dueño, el cual venía a ser precisamente nuestro bello indio de 24 años llamado *Calca*, con quien trabamos conocimiento al principio de este párrafo.

Amábanse ambos como dos tórtolas y más de una vez la blanca luna había iluminado el delicioso grupo que formaban sentados sobre los rústicos payos, enlazadas las manos, hijos de entreambos los dulces ojos cargados de ternura y anhelantes los pechos donde el corazón daba mil saltos, mientras el Amor batiendo sus alas los rodeaba de una tibia y voluptuosa atmósfera de felicidad.

Nada más natural que el que el buen Curaca sacase a los chicos de cuitas y echase sobre ambos la coyunda matrimonial; pero sobre que el padre de Chasca era noble Curaca, y tenía además un centenar de ovejas, doce yuntas de bueyes y algunas fanegadas de terrenos cultivados, había el que el bello Calca, era pobre tributario, tan escaso de hacienda como grande de corazón, fuerte para el trabajo y diestro en el tañer de la zampoña y en el disparar peladillas con la honda.

Con todo y alentado por el amor de la espléndida Chasca, cobró bríos el buen Calca y se fue en derecho al Curaca para formular en toda regla una demanda matrimonial.

—No eres más que un excelente chico, le dijo éste, y mi hija que es la más dulce paloma de estas comarcas no ha de pertenecer sino a quien se haga digno de merecerla; ya aumentando su hacienda o ya dándole mayor lustre y valimiento.

—Un año os pido de plazo, al cabo del cual o habré muerto y seréis libre para disponer de su suerte o habré alcanzado la doble condición que exigís a quien haya de ser dueño de tan gran tesoro.

Y desapareció del pueblo, sin que nadie supiera su paradero.

IV

Pasáronse los meses y la hermosa Chasca no cesaba de regar con sus lágrimas el mismo poro confidente de sus dichas y en él renovaba todas las noches el juramento de no pertenecer a otro en tanto que viviera el dueño de su alma.

Asedíábanla a más y mejor los pretendientes, y no era el más flojo el hijo del alcalde, mozo letrado que sabía leer, escribir y las cuentas, y que prometía ser, andando el tiempo, uno de los más ricos propietarios del pueblo.

Al buen Curaca le parecía una ganga el chico y a mi señora la Curaqueña se le iba el alma porque entroncarse con la chice; pero había una promesa de por medio y los indios son intrasigentes en este punto.

Por esos mismos tiempos un español llamado José Gutiérrez de Garci Mendoza, había descubierto las salinas que se encuentran a algunas leguas más allá de Yocalla y que por ello se llaman al presente salinas de Garci Mendoza, y había establecido allí un activo trabajo constituyendo en breve espacio una bien organizada población.

Jefe de los indios del trabajo era nada menos que nuestro Calca a quien por el prestigio que habían sabido granjearle su sagacidad, su constancia en el trabajo y su valor en las ocasiones arriesgadas, habíale alcanzado del corregimiento su patrón Garci Mendoza, el bastón de Curaca de Salinas.

Así, llorando Chasca, acariciando esperanza la Curaqueña y reuniendo dinero Calca, esperaban todos el día en que espirara el plazo, mientras el hijo del alcalde y el buen Curaca hacían las cosas de modo que el mismo día y sin esperar una hora más, se realizara el enlace del alcaidito y la curaquilla.

V

Era una noche de truenos, oscura como un antro; no se distinguía la palma de la mano y llovía a cántaros. De vez en cuando un relámpago rasgaba las tinieblas e iluminaba con una fatídica luz la agreste quebrada de Yocalla y el trueno llenaba los aires repetidos por los cerros cuyos peñascos parecían desgajarse con terrible estruendo.

De las colinas inmediatas se precipitaban arrastrando cuanto hallaban al paso, abundosos torrentes que en breves momentos tornaron el río en un verdadero brazo de mar invadible.

En una de sus orillas hallábase de pie un hombre. A la luz de los relámpagos se veía un semblante demudado por la más honda desesperación.

Retorcíase el infeliz y en un rapto de suprema angustia: "¡a mí, espíritu de las tinieblas, a mí Satanás, rey del infierno!" exclamó con terrible acento.

Diez mil relámpagos brillaron en este instante, el abismo parecía abrir sus horribles fauces y un trueno mayúsculo estremeció los cielos y la tierra.

El diablo acudía a la demanda y tocando en el hombro a Calca, que no era otro quien lo invocaba: "heme aquí, le dijo, pide; pero debes saber que desde este momento me pertenece tu alma."

Sacando fuerzas de flaqueza: "quiero, le dijo, que sobre este río construyas un sólido puente de manera que antes del canto del gallo en la madrugada esté concluido; si lo consigues, será tuya mi alma; en caso contrario..."

—Se sobreesará en el asunto, añadió el diablo, que a fuerza de tratar con escribanos y jueces, les había aprendido su dialéctica, no perdiendo ocasión ni rípiro para ostentar su erudición forense, y sacando un pergamino, extendió el pacto y puso su firma, invitando a poner la suya a Calca. Pero éste puso una cruz por no saber firmar, lo cual, visto por el diablo, le hizo dar un respingo de- jando caer el pergamino al suelo.

Acto continuo se puso Satanás en obra. El mismo cortaba las piedras, las pulimentaba, hacía la argamasa, afianzaba los cimientos y trabajaba con una actividad diabólica.

Ya estaban colocados los cimientos; el aliento de Satán secaba las juntas de manera que no ofrecían solución de continuidad; ya se levantaba por ambos costados una parte del arco; el diablo redoblaba la tarea, mientras el infeliz Calca, ya en plena conciencia de lo que le esperaba, miraba con terror que la obra llegaba a su término.

De súbito se sintió como movido por un resorte y cayó de rodillas, clamando con todo el fervor de su alma la ayuda del arcángel San Miguel y las más sinceras lágrimas del arrepentimiento inundaron sus mejillas.

En esto el puente se destacaba ya a la débil penumbra que, disipada la tempestad, aparecía anunciando la proximidad del día; no faltaba sino una pequeña parte del centro y el diablo sudaba y resudaba trabajando por docientos. Faltaba sólo una piedra para rematar la obra. Calca escondió la cabeza entre las manos; pero ¡cosa más singular! el diablo no podía levantar el enorme sillar que tenía cortado pues pesaba como el mundo, y es que encima descansaba el glorioso San Miguel, invisible para el espíritu maligno.

Pugnó éste por cortar otras y otras y todas pesaban igualmente de manera que se daba a todos los diablos de despecho. Hizo una nueva tentativa y la levantó al fin, se echó a caminar con ella a cuestas; ya la empujaba a su sitio, cuando se escuchó sonoro majestuoso el canto del gallo.

Un terrible estampido resonó entonces, iluminando de amarillo y verde toda la quebrada; un olor de azufre de betún se esparció por el aire, y los primeros rayos del día, iluminaron el gallardo Puente del Diablo con la susodicha piedra de menos, exactamente como se encuentra hasta el día.

VI

Era un domingo y las campanas de la iglesia de Yocalla repicaban como si no hubiera infierno.

Las indias y los indios vestían de gala, y en toda la callejuela que conducía desde la casa del Curaca al templo, había de trecho en trecho arcos de molle y ramos de hinojo.

Los tamboriles y las gaitas sonaban en toda la extensión del caserío. Grandes columnas de humo denunciaban la presencia de los hornos donde se cocía el pan de la fiesta, y todas las muchachas casaderas con la *phanta* de lujo y el *acru* plegado al tallo luciendo sus exuberantes contornos, llevaban ofrendas a la casa de los novios.

Verdad es que todavía no he dicho que se trataba de un casorio; pero ya lo sabéis y sigamos andando.

Una gran comitiva presidida por el Alcalde y el Curaca se puso en marcha, caminito de la iglesia. Entre muchas indiecitas de muy buenas barbas, iba la hermosa Chasca, triste, oferosa, cabizbaja; y entre un grupo de jóvenes indios, iba no más satisfecho y contento el hijo del Alcalde que sabía leer, escribir y sacar cuentas.

Ya sabemos, amabilísimas lectoras, por qué iba triste ella, pero no sabemos por qué, él iba triste, y no era sino porque nunca había conseguido ni una palabra afectuosa, ni una mirada de la que iba a ser su esposa. En realidad no la amaba porque era muy egoísta para abrigar tan noble sentimiento, y sólo pretendía satisfacer su vanidad; pero se le hacía muy cuesta arriba el unirse a una mujer que no hacía en su vida otra cosa que llorar por otro. De manera pues, que iba de mala data y hasta hubiera querido que algún accidente diera al traste con la boda.

Llegó la comitiva a la puerta del templo en donde esperaba el cura revestido como en las ocasiones solemnes; pero cuando ya unía las manos de los dos novios, abrióse la comitiva en dos alas y dio paso a Calca que llegaba sin poder apenas contener el aliento.

Un rayo cayó en ese instante no produjera mayor efecto. El Curaca enmudeció; mi señora la Curacuesa protestó; el Alcalde imitó al Curaca, su hijo sintió una súbita alegría y el cura juntando las manos de Calca y de Chasca, les dio la bendición nupcial, en medio del contento de los jóvenes concurrentes que se miraban unos a otros como diciendo: "si vosotros quisierais podíamos seguir su ejemplo."

Después he sabido de buena tinta que los dos héroes de nuestro cuento, vivieron felices y contentos y que la bella Chasca le obsequió a su adorado Calca con dos chiquillos como dos rollitos de manteca.

Entretanto lo que hay de positivo y firme es el Puente del Diablo, construcción cuyo origen nadie conoce, si no es por la conseja que he tenido la honra de contaros.

[De: *El Album*, año I, N.º 17, Lima, 1874.]

AUTO DE FE

UNA MAÑANA, la niebla envolvía aún la ciudad de Lima e iban rasgando sus cendales los primeros transeúntes que cruzaban por la Plaza Mayor y la calle de Mercaderes; eran negros bozales y criados que dirigíanse a la compra, bozoteando y santiguándose; un par de corchetes malcarados que regresaban de alguna pesquiza; uno que otro clérigo que se encaminaba a la parroquia, batiendo pliegues de pulcro manto y dejando al pasar un vestigio de fragancia, cual aquel galano de Potosí, Francisco de Aguirre, que la despedía tal, que a una cuadra de distancia sabían, según las crónicas, si había de venir o si fue ya su señoría; eran, en fin, algún tahúr y algún amante que, sofocientos, tambaleaban atrebozados en la capa.

Mientras las campanas de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín y del Monasterio de la Concepción, llamaban a misa, en la cámara del tormento despojaron de vestiduras a una infeliz judía; y como expresó que no diría nada; y aun lo que dijese, por la fuerza del dolor, se tenga por no válido, los verdugos sujetáronla a la mancuerna y dieron una primera y segunda vuelta, hasta que la joven lanzó un suspiro y desmayóse, en tanto que la sangre resbalaba en rubíes por la tierna blancura de sus mollecos.

Horas más tarde, el ayudante de las cárceles secretas, al observar que no volvía aún del deliquio la moza, a quien dejaron en un estradillo, aplicóle tres veces al rostro un espejo, el cual levantó sin la menor empañadura, pues la muerte había victiado ya los ojos, anorotado los labios y congelado el adorable cuerpo de la judía, que el verdugo, un lego de Santo Domingo, al mismo tiempo que atormentaba, con la crueldad de su oficio, había besado disimuladamente con indecible lujuria.

Tan luego que se suspendió la audiencia de la judía, compareció la pobrecita criolla Beatriz de Olivos, bañada la faz en llanto; pero en los señores inquisi-